

Mazarino, un extranjero, sin séquito de espadas, sin cortejo de faldas, que a nadie había ofendido y de quien todos habían recibido reverencias, auxiliar al mismo tiempo de Richelieu y su sucesor en la dirección de los negocios, era el hombre que convenía. En su consecuencia, escribe el cardenal de Retz, vióse subir «las gradas del trono, desde donde el áspero y temible cardenal Richelieu había lanzado rayos más bien que gobernado á los hombres, á un sucesor bondadoso, benigno, que no quería nada y que se desesperaba porque su dignidad de cardenal no le permitía humillarse tanto como habría querido delante de todo el mundo.»

La corte, después de las tristezas y de los rigores del sombrío reinado, tenía grandes ganas de divertirse. Los que habían caído en desgracia regresaron, acudieron solícitos al lado de la reina, que como ellos había sufrido las persecuciones del cardenal y del rey, y le pidieron el botín de honores y de dinero, que ella les concedió, mereciendo su gratitud por haber sido «tan buena.» En vano la advertía Mazarino: «La reina, decía, debe hacerse respetar desde el primer momento, pues los franceses son por naturaleza inclinados á dar cuatro pasos cuando se les permite poner un pie.» Fraguóse, en efecto, una intriga que se llamó «de los Importantes» á causa del aire misterioso que adoptaron los conspiradores. Los más visibles de éstos eran Beaufort y la señora de Chevreuse, una Rohán, viuda del duque de Luynes y en segundas nupcias de Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, que había amado mucho y todavía amaba, á pesar de sus cuarenta y tres años, en Francia y en el extranjero, siempre leal á su pasión, «que podía calificarse de eterna, aun cuando cambiaba á menudo de objeto.» Aquella dama había hecho de la política un condimento del amor, y había molestado y hasta inquietado á Richelieu y á Luis XIII. El rey, en la Declaración misma, la había condenado á destierro perpetuo, pero estaba tan seguro de que regresaría á Francia, que cuando le volvieron á leer el artículo referente á ella, exclamó: «¡He aquí el diablo!» La duquesa regresó inmediatamente y se puso á trabajar contra Mazarino, como habría trabajado contra otro cualquiera. Los intrigantes querían arrebatar á los «restos del señor cardenal,» es decir, al personal antiguo, los honores y los gajes; mas como estas cosas no se confiesan, ostentaban un programa de política grande que comprendía la reconciliación de Francia con Austria y el empleo de las fuerzas de ambas potencias para restaurar en Inglaterra el poder absoluto y «restablecer la antigua forma de gobierno que el cardenal de Richelieu había comenzado á destruir,» ó sea todo lo contrario á la política nacional y monárquica.

Mazarino defendió al personal viejo, del que él formaba parte, y la política nacional. Nuestras antiguas aliadas, Holanda y Suecia, mostrábase alarmadas por los rumores que corrían y el cardenal expuso sus lamentaciones á la reina. Tan asiduo se mostraba el ministro cerca de ésta, que los Importantes se atrevieron á advertirle, por conducto de San Vicente de Paúl y de algunos obispos, que se comprometía; mas no por esto se separó de ella y de continuo sometía á su resolución muchos más asuntos de los que Ana habría querido; así es que la pobre señora, que había estado ociosa tanto tiempo y que era perezosa de suyo, entró «en un pe-

riodo de hastío y de perplejidad.» Mazarino, al mismo tiempo que hacía alta política, tramaba y destruía pequeñas intrigas; tenía más desarrollado que nadie el «espíritu de gabinete,» de tal manera que sus adversarios, viéndole tan bien consolidado y perdiendo la paciencia, acabaron por ser imprudentes. Beaufort quiso asesinar al cardenal, pero en septiembre de 1643 la reina lo mandó prender y encerrar en el castillo de Vincennes, y el destierro puso en dispersión á los intrigantes.

A fines del mismo año, la reina dejó el Louvre para ir á residir en el Palacio Real; Mazarino había comprado junto á éste, en la parte de atrás, una casa, y para que pudiera ir más cómodamente á palacio, abrióse una puerta en la pared del jardín. Un año después, la reina manifestó al Consejo que para el cardenal, que no estaba bien de salud, era gran molestia atravesar aquel vasto jardín, como se veía obligado á hacerlo á todas horas á fin de comunicarle los asuntos que se presentaban; en su consecuencia, parecíale muy conveniente señalarle una habitación en el Palacio Real. Mazarino, que ya mandaba en aquella casa, fué desde aquel momento como dueño de ella.

Su rostro carecía de relieve y de dignidad, pero era inteligente y bondadoso y en sus ojos oscuros brillaba una llama de talento. Tenía casi la misma edad que la reina y tal vez la amó; pero lo que sí es cierto es que ella le amó á él con una pasión que constituyó la locura de sus cuarenta años (1).

Y de este modo, por un capricho del amor y del azar, dos fuerzas muy grandes en la historia, la monarquía francesa cayó en manos de una española y de un napolitano. Mazarino, aunque se naturalizó en Francia, siguió firmándose *Mazarini*, y sus razones tenía para no renunciar á su cualidad de italiano que podía servirle, por ejemplo, para ser papa. Era un personaje de rasgos confusos, príncipe de la Iglesia sin ser sacerdote, *condottiere* de Estado, ganoso de fortuna que logró la suerte extraordinaria de ser primer ministro del reino de Francia y acaso marido secreto ó, por lo menos, amante de la soberbia reina, á quien «la sangre de Carlos V daba grandeza;» y cómico prodigioso capaz de dominar un gran papel y de representarlo como un gran artista, aunque sin despojarse de cierta bajeza que le era natural.

## II.—La política y la guerra hasta la paz de Westfalia (2)

A la muerte de Richelieu, Francia ocupaba el Rosellón y casi toda Cataluña, la Lorena y la Alsacia, los pasos de los Alpes y Turín; de modo que por el Sur y por el Este estaba fuertemente atrincherada y aun pe-

(1) Respecto de la reina y de Mazarino, véanse *Lettres du cardinal Mazarin à la reine*, publicadas por la «Société de l'histoire de France,» y Cheruel, *Lettres d'Anne d'Autriche à Mazarin*, en el apéndice I del tomo III de la *Histoire de France sous le ministère de Mazarin*.

(2) FUENTES: Para las campañas de Flandes y de Artois: *Correspondance du cardinal Mazarin avec le maréchal d'Aumont*, publicada por el Dr. Hamy, Mónaco, 1904 (Colección de documentos publicada por orden del príncipe de Mónaco). En cuanto á la bibliografía de la paz de Westfalia, véase Vast, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, en la «Collection de textes pour

netraba en territorio extranjero. Al Norte, únicamente había conquistado Arrás, Hesdin y Bapaume, en Artois, y Landrecies, en Hainaut; el valle del Oise, que era el camino real de París, quedaba abierto al enemigo. La custodia de esta frontera había sido confiada al duque de Enghien, joven de veintidós años, á quien se había dado como consejero al anciano mariscal L'Hopital; y las instrucciones de la corte eran «no acometer nada cuyo resultado, según todas las probabilidades humanas, no pueda ser glorioso para las armas de Su Majestad;» pues una derrota en aquel punto débil y sensible podía ser un desastre.

La enfermedad de Luis XIII, cuyo próximo fin se preveía, y la esperanza de una confusión en el gobierno y en el mando de los ejércitos, decidieron al gobernador de los Países Bajos, D. Francisco Melo de Braganza, á invadir la Francia, con el propósito de tomar, entre el Sambre y el Mosa, la plaza de Rocroi, pasar al Este de las ciudades del Oise, es decir, Guisa, La Capelle y La Fere, y marchar sobre París por los valles del Aisne y del Marne. El ejército francés encaminóse rápidamente hacia Rocroi y los españoles se colocaron á toda prisa en orden de batalla. Enghien, que mandaba la derecha francesa, con Gassión, maestre de campo general de la caballería, cargó sobre la caballería enemiga y la desbarató; pero, en vez de perseguirla, púsose á retaguardia del centro de los españoles, y atacando el ala izquierda de éstos, hasta entonces victoriosa, introdujo el desorden en sus filas. «Quedaba aquella temible infantería del ejército de España» en el centro de la batalla; pero diezmada por la artillería, acosada por la infantería y atacada una y otra vez por la caballería del duque de Enghien, perdió casi todos sus oficiales y la mayor parte de sus soldados y capituló. Esta gran victoria se alcanzó el 19 de mayo de 1643, cinco días después de la muerte de Luis XIII.

Con ella contúvose la invasión y se quebrantaron el poder y la fama militares de España. La infantería española era como la guardia veterana de la casa de Austria; servían en la misma españoles netos, unidos por la comunidad de la sangre, de la lealtad y de la fe, y sus oficiales nobles mantenían en ella el respeto del honor y ese valor del que decía Condé que era «más fino» que el de las demás naciones. Las pérdidas sufridas en Rocroi fueron irreparables, pues España se agotaba por la guerra y la emigración y su nobleza, fatigada, comenzaba á desertar del servicio de las armas.

El duque de Enghien se encaminó hacia el Mosela, tomó en agosto Thionville y luego Sierck, y enlazó las operaciones del ejército de los Países Bajos con las del ejército franco-weimariano que mandaba el mariscal de Guebriant (1). Este, con el refuerzo que le aportó el duque de Enghien, penetró de nuevo en Alemania y se apoderó de Rottweil, pero murió en noviembre á con-

servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire,» París, 1893-1899, 3 vol.; el primero comprende, además de la bibliografía, el texto del tratado de Munster. — *Mémoires* de Enrique Augusto de Lomenie de Brienne, del mariscal vizconde de Turena, del mariscal de Grammont, del duque de Guisa, en la colección Michaud y Poujolat.

OBRAS DE CONSULTA: El P. Bougeant, *Histoire des guerres et des négociations qui précédèrent le traité de Westphalie composé sur les mémoires du comte d'Avaux*, París, 1767, 3 vol. Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, 1888, 2 vol. en la

secuencia de una herida recibida en el ataque de esta última población. Pocos días después, su ejército, sin jefe y sin pagas, se desorganizó y fué derrotado, siendo entonces llamado Turena, que se hallaba en Italia, para reemplazar á Guebriant.

Enrique de La Tour d'Auvergne, vizconde de Turena, era el hijo segundo del duque de Bouillon, que en tantos asuntos había intervenido en tiempos de Enrique IV y de Luis XIII, y de Isabel de Orange, hija de Guillermo I. A la edad de trece años había hecho sus primeras armas en Holanda, y después había servido en Italia, en Lorena, en el Rhin y otra vez en Italia, en donde había ganado el bastón de mariscal en noviembre de 1463, cuando no contaba más que treinta y dos años. Era un hombre frío como un holandés, reflexivo, complicado, atrevido después de madura reflexión, y cuya audacia crecerá cuando la experiencia le habrá demostrado que es prudente ser osado en determinadas circunstancias. Llegado que hubo al Rhin, restableció el orden entre las vencidas tropas; pero en el entretanto, Mercí, general bávaro, se apoderó de Friburgo de Brisgau (junio de 1644) instalando sus líneas delante de esta ciudad y enfrente de la Alsacia, amenazando á ésta. El duque de Enghien se reunió con Turena, y en los días 3 y 5 de agosto atacó de frente las posiciones enemigas, combatiendo personalmente y asaltando las barricadas. Después de aquellas jornadas sangrientas é indecisas, envolvió al adversario, le obligó á retirarse y el 10 de agosto le derrotó en su retirada hacia las fuentes del Danubio. Enghien no persiguió al enemigo, sino que, inspirándose en un proyecto de Guebriant, descendió por ambas orillas del Rhin, hizo que la artillería bajara en barcas por la corriente del río, tomó Philippsburgo, puso Espira y Worms bajo el protectorado de Francia y se apoderó de Maguncia y de Landau. Defendidas de esta suerte por el río y por el baluarte de ciudades, la Alsacia y la Lorena tuvieron un momento de tranquilidad.

Mientras la guerra comenzaba á revestir grandes proporciones, Mazarino continuaba la política de Richelieu. El concurso de Suecia era más que nunca necesario á Francia; pero Dinamarca, alarmada por los continuos progresos de los suecos, se aproximaba á Rusia y á Polonia. Los Estados ribereños del Báltico se disputaban el *imperium* de este Mediterráneo cuyas brumosas aguas presenciaron tantos combates como las del Mediterráneo luminoso y clásico. El emperador apoyaba á los rivales de Suecia, su gran enemigo, pues quería desbarazarse del ejército sueco que al mando de Torstenson invernaba en Moravia. Torstenson, á fin de destruir aquella coalición naciente, abandonó en diciembre de 1643 sus cuarteles moravos, asoló el Holstein, el Sleswig y la Jutlandia, y se encarnizó contra Dinamarca; pero Mazarino suspendió el pago de los subsidios á los

«Colección de escritores castellanos.» — Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente Ans*, París, 1878, 2 vol. Julio Roi, *Turenne, sa vie, les institutions militaires de son temps*, París, 1884. Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas (1635-1700)*. *Étude d'histoire diplomatique et militaire* en el tomo LIV de las «Mémoires de l'Académie royale de Belgique,» 1896. Philippi, *Der Westphälische Friede*, Munster, 1898. A. Waddington, *La République des Provinces-Unies. La France et les Pays-Bas espagnols de 1630 à 1650*, París, 1895-1897, 2 vol.

(1) Véase el tomo III, pág. 791.



suecos en atención á que se les daban mediante la condición de hacer la guerra en tierra alemana, y se interpuso como mediador entre ambos adversarios. En agosto de 1645, firmóse en Brömsebo la paz, por virtud de la cual obtuvo Suecia las islas de Oesel y de Gothlandia y la cesión por treinta años de la provincia de Alandia. Al mismo tiempo, Mazarino casaba á una princesa francesa, María de Gonzaga-Nevers, con el rey de Polonia Uladislao IV, y negociaba con Jorge Rakoczy, príncipe de Transilvania, quien, en abril de 1645, se comprometía, mediante un subsidio anual, á reunirse con Torstenson, que había regresado á Moravia. Eslabón por eslabón, quedaba reconstruída la cadena de nuestras tradicionales alianzas con los países del otro lado del Austria, que era entonces para nosotros la enemiga hereditaria.

En el mes de marzo de 1645, Turena puso de nuevo en movimiento el ejército de Alsacia, pasando el Rhin por Espira y proponiéndose como objetivo la Baviera. Merci evadió su encuentro, pero luego cayó sobre sus acantonamientos, demasiado extensos, y le derrotó en Marienthal (mayo de 1645). Otra vez acudió Enghien en su auxilio, y unidos ambos generales atacaron en 3 de agosto á Merci, á quien encontraron atrincherado en la aldea de Allerheim, cerca de Nordlingen. Enghien hizo avanzar directamente contra aquel reducto á su infantería que, rechazada al principio, repitió el ataque y forzó la entrada de la población, mientras Turena atacaba ésta de flanco. El ejército bávaro se dispersó y Merci murió en el combate; pero el pequeño ejército francés, debilitado y amenazado por los imperiales, retrocedió hacia Philippsburgo.

Parece que allí hubiera debido ser reforzado á fin de ponerlo en condiciones de atacar á Baviera, que resguardaba al Austria y la apoyaba con sus fuerzas considerables. Obligar á Baviera á dejar las armas era casi seguramente compeler al Austria á entrar en negociaciones; Mazarino lo sabía, pero la agitación que se iniciaba en el reino le inquietaba y se veía forzado á contar con los príncipes y con los grandes señores. El duque de Orleans quiso alcanzar gloria sin tener el trabajo de ir á buscarla demasiado lejos, así es que el principal esfuerzo hubo de ser dirigido contra Flandes, el país en donde era una costumbre y un placer sostener sitios metódicos y tranquilos. Gravelinas había sido tomada en 1644, Mardick y Cassel tomadas y perdidas en 1645. El duque de Orleans, que tenía á sus órdenes á Enghien, se apoderó de Courtrai en junio, recuperó Mardick en agosto y regresó á la corte, tomando entonces Enghien Furnes y Dunkerque (octubre de 1646).

Los progresos de Francia en Flandes, especialmente en la Flandes marítima, alarmaron á los holandeses que, no teniendo ya entonces nada que temer de España, temían nuestra aproximación y decían que era preciso tener á los franceses por amigos, pero no por vecinos, *Gallus amicus, sed non vicinus*. Holanda combatía sin entusiasmo porque sabía que si alcanzaba demasiadas victorias corría muchos riesgos. La toma de Dunkerque la alarmó muy especialmente, pues si Francia daba á este puerto privilegios de comercio, su competencia podía llegar á ser temible. Dunkerque era uno de los puertos mejores de la costa de Flandes y un nido fecundo de atrevidos corsarios.

Mazarino conocía el inestimable valor de la adquisición de los Países Bajos españoles: «con ella, escribía en 20 de enero de 1646, tendría la ciudad de París un baluarte inexpugnable; entonces sí que se la podría llamar verdaderamente el corazón de Francia, y estaría situada en el punto más seguro del reino.» En efecto, si Francia adquiría los Países Bajos y, por otra parte, conservaba la Alsacia y la Lorena, ocupada ya por sus armas, extendiéndose sus fronteras al Norte hasta Holanda y al Este hasta el Rhin, nuestro «corazón» habría tenido, por decirlo así, casi tanto de Norte y de Este como de Mediodía. Acrecentada nuestra nación con una nueva provincia marítima de gran precio y con una población industriosa y valiente, nuestro carácter étnico se habría modificado y con él se habrían sin duda modificado también nuestros destinos.

El cardenal acarició la esperanza de que España, que se arruinaba por defender aquella posesión apartada, no se negaría á cederla á cambio de Cataluña á la que Mazarino habría agregado, en caso necesario, el Rosellón; y para no herir el amor propio español, daba á entender que el rey se casaría con la mayor de las infantas de España y que los Países Bajos serían no el premio de la victoria, sino la dote de la princesa. Pero los españoles se hicieron los sordos á estas insinuaciones y dieron conocimiento de ellas á Holanda.

Por otra parte, Cataluña, base de la permuta, que Mazarino guardaba en reserva, amenazaba escapársele de las manos. Francia no conseguía apoderarse de algunas plazas, ocupadas todavía por los españoles, la más importante de las cuales era Lérida, lo que Mazarino achacaba á incapacidad de los generales, en tanto que éstos se lamentaban de que se les tuviera sin hombres, sin dinero, sin municiones, es decir, sin todo lo más indispensable, en lo cual decían verdad. El mismo Condé (1) no pudo apoderarse de Lérida (junio de 1647).

Los negocios de Italia interesaban en extremo á Mazarino, porque eran los de su país natal, en donde le agradaba hacer ver que había llegado á ser un potentado. Trabajaba para que se declarasen contra España los Estados que se habían conservado libres, los *Stati liberi*; pero no logró evitar, en septiembre de 1644, la elección del papa Inocencio X, que era enemigo personal suyo y protegido de España. Resolvió enviar á Nápoles una escuadra que de paso se apoderaría de los «presidios» españoles de Toscana, los más cercanos al territorio pontificio; y prometió la corona de Nápoles al príncipe Tomás de Saboya, con la condición de que cedería á Francia Gaeta y un puerto en el Adriático, y le entregaría, si algún día llegaba á ser duque de Saboya, la Saboya y el condado de Niza. Dos expediciones por mar alarmaron al papa, que se mostró más transigente, reanudándose las relaciones regulares de la Santa Sede con Francia después del envío á Roma de un embajador ordinario que en octubre de 1647 obtuvo para Miguel Mazarino el capelo cardenalicio. Mazarino pedía desde hacía tiempo el capelo para su hermano á quien empleaba en toda clase de asuntos, y no tenía escrúpulo alguno en seguir, dentro de la política general, su política de familia. El capelo del cardenal hermano

(1) El duque de Enghien había pasado á ser príncipe de Condé á la muerte de su padre acaecida en 26 de diciembre de 1646.

costó algunos millones, precisamente cuando los labriegos y los ejércitos se lamentaban de su miseria y cuando la revolución de Nápoles brindaba una ocasión propicia para asestar un golpe sensible á España.

El día 7 de julio de 1647, el pueblo de Nápoles, exasperado por la imposición de un tributo sobre los frutos de que se alimentaba, asesinó á los recaudadores y obligó al virrey, duque de Arcos, á refugiarse en el Castillo Nuevo. Los revolucionarios eligieron jefe al pescador Masaniello, á quien pocos días después dejaron asesinar por los esbirros españoles; luego á un capitán de noble cuna, el príncipe de Massa, á quien dieron muerte, y por último á un armero, Genaro Annese. En octubre Nápoles se constituía en república. Mazarino, instado para que interviniera, no se preocupaba de ello, pues ni tenía confianza en los napolitanos ni su república le agradaba; buscaba un rey para ellos y pensaba en Tomás de Saboya y aun en el príncipe de Condé. La flota francesa no llegó á Nápoles hasta noviembre, encontrando entonces instalado allí al duque de Guisa (1).

Enrique, quinto duque de Guisa, nacido en abril de 1614, había comenzado por abrazar la carrera eclesiástica, cuando no era más que un segundón, habiendo sido nombrado arzobispo de Reims á la edad de quince años; pero al morir su hermano mayor volvió al siglo y se lanzó á toda suerte de aventuras, políticas y amorosas. Conspiró contra Richelieu, huyó á Bruselas, en donde se casó, regresó á Francia á la muerte de Luis XIII, se enamoró de una doncella de honor y removi6 cielo y tierra para hacer anular su matrimonio. A Roma, en donde solicitaba esta anulación, fueron á encontrarle algunos diputados napolitanos que le ofrecieron el gobierno de la república; y Guisa, que era el heredero lejano de los derechos de los Angevinos sobre el reino y que era valiente y ambicionaba la gloria para honrar á su amada, aceptó el ofrecimiento, dió cuenta de su determinación á Mazarino, atravesó, á riesgo de su vida, por entre la escuadra española, y fué aclamado por el pueblo á su entrada en Nápoles (15 de noviembre) y nombrado capitán general. Mazarino no tomó en serio á aquel héroe de novela, con quien estaba, por otra parte, resentido, según dicen, porque no había solicitado la mano de una de sus sobrinas; no era esto, empero, razón suficiente para emplear contra él y no contra los españoles la flota francesa que recibió orden de apoderarse de su persona. Después de un crucero inútil de quince días, regresó aquella flota á Provenza (diciembre de 1647). No era el duque de Guisa hombre á propósito para mantenerse en aquel puesto extraño; en efecto, los napolitanos volvieron á llamar á los españoles, que se lo llevaron prisionero á España.

Mazarino había intentado varias combinaciones en Italia, pero con ninguna había sido consecuente hasta el final. Su política no tenía la firme consistencia de la de Richelieu, pero siquiera los españoles habían estado ocupados en la península.

Sin embargo, la suerte de la guerra había de decidirse en otra parte.

Los franceses y los suecos comprendían que la mejor manera de terminarla era desarmar al elector Maximiliano.

(1) Loiseleur y G. Bagueuault de Puchesse, *L'expédition du duc de Guise à Naples, Lettres et instructions diplomatiques de la cour de France (1647-1648)*, París, 1875.

liano. Wrangel, sucesor de Torstenson, y Turena invadieron la Baviera en el otoño de 1646 y devastaron aquel país, uno de los pocos que había sido respetado por la guerra horrible que hacía veintiocho años torturaba á Alemania. Maximiliano pidió la neutralidad para los tres círculos de Franconia, Suabia y Baviera y para el electorado de Colonia, y la obtuvo á cambio de la promesa de no ayudar directa ni indirectamente al emperador (1647). Entonces quiso Turena atacar en Bohemia al ejército imperial que sólo constaba de unos diez mil hombres; pero Mazarino no se lo consintió, pues satisfecho como estaba de los progresos de Westfalia, no quería «apremiar al emperador que había otorgado ó estaba á punto de otorgar á Francia y á sus aliados todo cuanto pedían.» En su consecuencia, Turena fué llamado á los Países Bajos; pero los weimarianos, llegados á Saverne en junio de 1647, se negaron á ir más lejos, fundándose en que su contrato no les obligaba á salir de Alemania, y repusieron el Rhin. Turena consiguió que algunos le siguieran y se encaminó al Luxemburgo, en donde recibió la orden de volver á Alemania (septiembre de 1647), porque Maximiliano acababa de levantarse nuevamente en armas. Había sido una gran falta impedir que Turena llevara, en la primavera, la guerra á Bohemia.

Mal se anunció el año 1648. Los españoles, que habían firmado separadamente la paz con los holandeses, disponían de todo el resto de sus fuerzas contra nosotros, y por otra parte los disturbios de Francia se agravaban. El nuevo gobernador de los Países Bajos, el archiduque Leopoldo, hermano del emperador, tomó la ofensiva, y Condé, enviado á los Países Bajos, puso sitio á Ipresde la que se apoderó en el mes de mayo. En el entre, tanto, Leopoldo tomó Courtrai y Furnes y atacó Lens; Condé, que había llegado demasiado tarde para salvar esta última plaza, se retiró, y el enemigo, tal como él esperaba, descendió de las alturas de Lens para perseguirle en la llanura. Condé aceptó allí la batalla, en la que los españoles perdieron 120 cañones y sus estandartes, quedando muertos ó prisioneros los sobrevivientes de los regimientos de Rocroi (20 de agosto de 1648).

En Alemania, Turena y Wrangel invadieron la Baviera, vencieron en Zusmarshausen (mayo de 1648), se encaminaron hacia Viena, se detuvieron en el Isar porque les faltaban los víveres, y después de haber retrocedido hasta Suabia, decidieron ir á reunirse con el sueco Koenigsmarck, que sitiaba Praga, con ánimo de dirigirse luego desde allí á Viena; pero en esto, supieron que habían sido firmados los tratados de Westfalia.

Francia, Suecia y el emperador habían convenido en 1641 en negociar la paz en Munster y en Osnabruck; pero hasta 1644 no comenzaron á llegar los plenipotenciarios á esas dos ciudades de Westfalia. El congreso se había dividido entre dos lugares porque Francia y Suecia, aunque obraban de acuerdo, no tenían el mismo interés en todos los asuntos que iban á debatirse.

Francia en Munster y Suecia en Osnabruck trataban cada una por sí y por sus aliados con el emperador y los aliados de éste. Los príncipes de Alemania y las ciudades imperiales estaban representados en aquel congreso, adonde habían enviado también sus embajadores todos los Estados cristianos. Sin embargo, las asambleas de Munster y de Osnabruck no formaban un



congreso, en la verdadera acepción de esta palabra; pues en él sólo estaban presentes tres potencias, Francia, Suecia y el emperador, que servían de intermediarias á todas las demás. Y ni siquiera negociaban directamente entre sí, sino que en Munster, el nuncio del papa y un veneciano hacían las veces de mediadores, y en Osnabruck Dinamarca comenzó á desempeñar el mismo papel, si bien hubo de abandonarlo cuando entró en guerra con Suecia, y no fué substituída.

La diplomacia y la guerra tenían entonces el hábito de la lentitud; á bien que no tenían por qué apresurarse, siendo como eran las dueñas del mundo en aquel tiempo bárbaro en que lo principal de la vida internacional era la guerra sostenida por la diplomacia. En Munster y en Osnabruck las saluciones y las visitas, la solemne garrulería de las arengas, la pedantería inagotable de los juriconsultos, la mesa de los altos personajes siempre puesta, las comilonas y las libaciones enormes y todo el ceremonial en que se pavoneaban los grandes y pequeños orgullos, ocupaban días y días. Las negociaciones habrían sido muy largas aun tratándose de asuntos menos importantes; pero es lo cierto que los que allí se ventilaban tenían importancia suma.

Era menester determinar la condición política y religiosa de Alemania. La confesión luterana había obtenido, mediante la paz de Augsburgo, existencia legal en el imperio; pero en cambio los calvinistas habían quedado fuera de la ley. La guerra de Treinta años había comenzado por la rebelión contra Austria del calvinista elector palatino; y aunque éste había perdido su electorado, transferido al duque de Baviera, el emperador había sido, en definitiva, vencido y el calvinismo reclamaba á su vez la libertad de vivir. Más difícil era el problema de la forma que debía darse á la informe Alemania. ¿Qué parte de autoridad se dejaría al emperador? ¿Qué grado de independencia á los miembros del imperio á quienes la guerra y la política habían acabado de transformar en casi soberanos?

Suecia y Francia habían hecho conquistas en Alemania y pretendían guardarlas como «recompensa» del trabajo que se habían tomado para defender «las libertades germánicas.» Francia, además, había sentado su planta en Italia y ocupado la Lorena y algunas ciudades y territorios españoles. ¿Cómo se fijaría el destino de estos territorios? Finalmente, cada uno de los beligerantes tenía que defender los intereses de sus aliados; así por ejemplo, Francia había de apoyar la pretensión de Holanda y de Portugal que querían ser independientes. Por otra parte, multitud de pequeños príncipes tenían aspiraciones que defender.

En conjunto, tratábase de dar una constitución á Alemania y varios territorios á Francia y á Suecia y de arreglar una porción de cuestiones de importancia más secundaria.

Uno de los principales asuntos quedó descartado en 30 de enero de 1648, fecha en que España firmó la paz con Holanda. Los holandeses preferían ver los Países Bajos en manos de España que en las de Francia; además, su aristocracia burguesa estaba abrumada por la guerra que costaba tanto dinero y daba dentro de la república demasiada importancia al elemento militar. Pidieron aquéllos á España que reconociera su independencia, y España, previendo que el emperador no

tardaría en abandonarla, accedió al sacrificio que se le exigía para librarse de un enemigo considerable (30 de enero de 1648), después de lo cual se retiró del congreso; los disturbios que se anunciaban en Francia le permitían esperar que encontraría en ésta aliados para la guerra que estaba resuelta á proseguir.

Nueve meses después, en 24 de octubre de 1648, el emperador, amenazado en Viena y no esperando ayuda de nadie, firmó los tratados de Westfalia, en los cuales cedía al rey de Francia el señorío supremo y los derechos de soberanía sobre los obispados de Metz, Toul y Verdun, poseídos sin título de derecho por Francia desde hacía cerca de un siglo, y el señorío directo y la soberanía que pertenecían ó podían pertenecer al emperador y al romano imperio sobre la ciudad de Pignerol, y le reconocía el derecho de tener á perpetuidad una guarnición en Philippsburgo. Pero la cláusula más importante era la que contenía la cesión de la Alsacia, si es que la simplicidad de este nombre puede aplicarse á una operación confusa (1).

Alsacia era una expresión geográfica, como Westfalia ó Turingia, que designaba un sinnúmero de señoríos, de ciudades imperiales y de cargos que poseían, administraban y explotaban un territorio imperial comprendido entre los Vosgos y el Rhin. Diez ciudades imperiales diseminadas de Norte á Sur, Landau, Wissemburgo, Haguenau, Rosheim, Obernai, Schlestadt, Colmar, Kaysersberg, Turckheim y Munster-au-val-Saint-Gregoire, tenían una especie de gobernador y protector, al que se daba el nombre de *landvogt* ó *praefectus*. El resto del territorio estaba dividido en dos landgraviatos; un archiduque austriaco era landgrave de la Alta Alsacia, y otro era obispo de Estrasburgo y como tal landgrave de la Baja Alsacia; y finalmente, la casa de Austria poseía con carácter hereditario, por lo menos de hecho, la prefectura de las diez ciudades. La Alsacia era un caos en donde había clavado sustentáculos el pólipo habsburgués.

El artículo 75 del tratado decía (2):

«... El emperador, en su nombre y en el de toda la serenísima casa de Austria, y el imperio ceden los derechos, propiedades, dominios, posesiones y jurisdicciones que hasta ahora le pertenecían á él, al imperio y á la casa de Austria en la ciudad de Brisac, el landgraviato de la Alta y de la Baja Alsacia, la Sundgovia, la prefectura provincial de las diez ciudades imperiales situadas en Alsacia, y todos los territorios y otros derechos cualesquiera que dependen de esta prefectura, y los traspasan todos y cada uno al rey cristianísimo y al reino de Francia (3).»

(1) Respecto de las cuestiones que se plantean á propósito de la reunión de la Alsacia á Francia, véanse: Legrelle, *Louis XIV et Strasbourg*, París, 1887, 4.ª edición (ponencia crítica de Mercks en los *Göttingische gelehrte Anzeigen*, febrero de 1885). Jacob, *Die Erwerbung des Elsass durch Frankreich im Westphälischen Frieden*, Estrasburgo, 1897. Reuss, *L'Alsace au XVII<sup>e</sup> siècle*, París, 1897-98, 2 vol. Bardot, *La question des dix villes impériales d'Alsace depuis la paix de Westphalie jusqu'aux arrêts de réunions du conseil souverain de Brisac (1648-1680)*, Lyon, 1899. Overmann, *Die Abtretung des Elsass an Frankreich im Westphälischen Frieden*, Karlsruhe, 1905.

(2) Los artículos del tratado los numeramos del mismo modo que Vast en los *Grands traités*.

(3) *Tertio Imperator pro se totaque Serenissima Domo Austria, itemque Imperium, cedunt omnibus juribus, proprietatibus*



IOHANNES LUDOVICVS DE ERLACH, DNVS IN CASTELL,  
S Reg. M. Franciae Praefectus Milit. Praefes Rheni et  
Gubernator Brisac  
Observantia et honoris gra. humiliter dedicat Petrus Aubry Chalcoogr. Argentorat.

EL MAYOR GENERAL JUAN LUIS DE ERLACH

(Facsimile del grabado de Pedro Aubry)